

La calle para el viernes 23 de mayo de 2008
Diario de un espectador
Ciencias políticas
por miguel ángel granados chapa

Ponemos fin al recuerdo de nuestras profesoras y profesores, iniciado el 15 de mayo. Hubo que otorgar mayor espacio a la presencia de los varones porque los hubo en esa proporción en nuestro paso por las escuelas, de la elemental a las que nos correspondieron en la UNAM. Ayer evocamos a nuestros maestros de la Facultad de derecho. Hoy lo hacemos con quienes nos formaron en la Escuela nacional (hoy facultad también) de ciencias políticas y sociales.

Varios de ellos han muerto, pero otros conservan una notable vitalidad. Sobresale el caso de Enrique González Pedrero, que nos enseñó Teoría del estado y práctico y vive una amplia gama de experiencias políticas. Por nuestra parte, disfrutamos el raro privilegio de recibir lecciones de la misma materia (ya que íbamos a una facultad por la mañana y a otra por la tarde) de Jesús Reyes Heróles y de González Pedrero, que mantenían convicciones diferentes y visiones distintas del Estado. La vida los reunió al paso de los años, como presidente y como secretario general del Pri. González Pedrero, espléndido expositor y buen amigo de sus amigos, pasó del Movimiento de liberación nacional al partido dominante, que lo llevó a gobernar a su tierra natal (o su agua, como decía con razón Carlos Pellicer) Tabasco.

Poco después de que recibimos clase de él, González Pedrero fue elegido director de la Facultad. Reemplazó a Pablo González Casanova, Nunca estuvimos inscritos en una cátedra que él sirviera, pero lo reputamos nuestro maestro porque como inteligente y diligente director propició un ambiente y formó una plantilla de profesores que constituyó un lujo para la Universidad nacional. Esa plantilla docente incluía las más variadas personalidades, desde el severísimo don Jorge L. Tamayo, que nos enseñaba geografía económica y política a las cuatro de la tarde, hasta el juguetón Juan Pérez Abreu, que acaso por ser tocayo de su padre se comportaba, siendo ya cuarentón, como un muchacho desenfadado.

Nuestro profesor de estadística, un médico llamado Francisco Hernández Villarreal, tuvo un destino trágico. En un incidente de tránsito privó de la vida a un taxista abusivo o un pasajero que se quiso pasar de listo y subió al taxi que se detenía ante el pedido de nuestro profesor. Debió contrastar la tristeza que suele afectar a los presos con la vivacidad de sus ojos cuando veía llegar a Teresa Losada (que lamentablemente acaba de morir) y Ana del Toro, hermosas compañeras nuestras, precursoras de la minifalda, que tomaban asiento en la primera fila, cruzaban sus largas piernas y con ello sacaban de control al médico especializado en estadística social.

Nos enseñó historia de las teorías políticas don Rubén Salazar Mallén, que se imponía a su baldamiento con la férrea voluntad que lo hizo extremista de sus varias ideologías. Con el humor contrario, muy ligero, nos dio clase de teorías económicas el agregado cultural de la embajada francesa, Jean Sirol, cuyo perfecto dominio del español era traicionado por su dificultad de pronunciar la erre, que salía de su boca como egue. Don Enrique Anzúres fue un escrupuloso profesor de inglés (en los tiempos en que no existía el Centro de enseñanza de lenguas extranjeras). Don Ernesto de la Torre Villar nos enseñó investigación documental, y la fortuna nos ha deparado el privilegio de ser elegidos para ocupar su silla en la Academia mexicana de la lengua. Mario Rojas Avendaño nos enseñaba periodismo al modo en que lo practicó su generación, mientras que Fedro Guillén lo hizo con la espiritualidad que era su sello característico. Henrique González Casanova practicó el rigor extremo, y Fernando Solana nos introdujo a la contemporaneidad, moderno como siempre fue, inteligente como para ser cuatro veces secretario de estado.